

EL NIÑO PEQUEÑO NOS HABLA A SÍ MISMO... A SU MANERA

por **Mari Carmen Díez Navarro**

El entramado educativo empieza desde muy temprano. Antes de nacer un niño ya hay unas ilusiones puestas en él, una opción hacia el modo en que será educado, un surco, un hueco, un cobijo lleno de afecto, de ley, de cultura, de recibimiento, de historia. Y cuando el niño llega, se ponen en acción todos los mecanismos familiares y sociales que van a apadrinarlo para que pueda ser incluido en el lugar y momento histórico que le ha tocado vivir.

Para lograr crecer y desarrollarse saludablemente el niño necesitará encontrar un efectivo modo de comunicarse con el mundo exterior. Sus tanteos, alentados desde afuera y urgidos desde adentro, empezarán desde el mismo momento en que nace y se llevarán a cabo a partir de todos los canales expresivos posibles. De hecho, el niño pequeño nos habla de sí mismo con los lenguajes que conoce mejor. Con su cuerpo, con sus movimientos, con sus juegos, con sus lágrimas, con sus enfermedades, con sus sonrisas...

Cuando nace es sobre todo su llanto el que dice por él. Su piel, su boca, su digestión, o las desobedientes burbujas de aire que le pasean las tripas. Después son sus expresivos ojos los que nos cuentan cómo se siente. Su sueño, su hambre, sus repentinias risas. Más adelante empieza a gorjear como si fuera un pajarillo y sus balbuceos acompañan los giros de su cuello y de sus manos, el chuparse el dedo gordo del pie, el hacer "los cinco lobitos", o las "palmas palmitas".

Aquí vienen también los gritos, las carcajadas, las toses, el jugar a esconderse, el tirar el chupete o los peluches una y mil veces para oír cómo suenan, y para hacerse ver. Y el seguir mirando cada vez con más ahínco y más intencionalidad. Y los tirones de pelo, los manotazos, el reclamar a voces, el manipuleo generalizado.

Además empiezan a sentarse, a gatear, a meter los dedos en todos los agujeros, y los dientes en todo lo que se preste a las mordidas. Y a decir amagos de palabritas, que se le vuelven triunfos nada más intentarlas: mamamama, papapapa, agua, pan, ven...

El niño también nos habla a través de la observación y el conocimiento que adquiere de los sonidos y los rituales de su casa, de las caras de cada miembro de la familia, de sus voces, de sus manos, de sus maneras de jugar. Porque estos saberes le dan la seguridad y el desparpajo de quien se siente mirado, conocido, interpretado y entendido sin haber dicho apenas nada.

Así, poco a poco, él instala su propio estilo comunicativo desde el que nos hace saber que está contento, que está enfadado, que quiere que le cojan, que tiene hambre, que tiene sueño, que extraña. Utiliza todo un repertorio de gestos y sonidos, de movimientos de calma o desazón, de señales cargadas de significado para quienes lo cuidan. Signos y demandas que, curiosamente, se van haciendo cada vez más claros y entendibles, pudiendo ser captados e interpretados también por otras personas.

Puede mostrar satisfacción, plenitud y "contento muscular". Puede mostrar inquietud, nerviosismo, angustia, emoción. Puede mostrar curiosidad, apatía, cansancio, dolor, tensión. Y ganas de vivir, o desganas. Porque desde los primeros momentos, el niño expresa. Cuenta sus sensaciones, reclama sus placeres, exige sus necesidades. Y aunque lo hace de esas maneras tan primitivas, suele obtener la escucha y la conexión que precisa, porque hay un vínculo amoroso que tiene "las entendederas" predispuestas al entendimiento. Así que cuando el niño dice "ta" y le alarga el peluche a su madre o a la persona que le esté cuidando, suele recibir como

respuesta otro "ta" que le retorna el muñeco, el gesto y una sonrisa que le animará a seguir comunicando.

El adulto pone mucho de sí en la creación de este vínculo nuevo que engarzará al niño primero consigo y después con los otros y con el mundo exterior, pero el niño también pone todo su esfuerzo y su ímpetu de vida, como si intuyera que, efectivamente, le va la vida en ello. Y así es.

Cuando hay una buena situación de apego, de estos intercambios surgen el "decir de sí", el abrirse al afuera, a los demás, a lo nuevo. Es decir, se instala la posibilidad de expresar lo que se siente, de airear el mundo interior, de "salir". Pero cuando hay situaciones difíciles en las que falta la disponibilidad de las figuras de apego y referencia por estar en situación de depresión, crisis, enfermedad o ausencia, el niño se encuentra sin ese fundamental "interlocutor válido" que le tendría que facilitar la entrada al mundo de los otros. Y entonces, al no encontrar quien lo reciba y aliente, su fluir comunicativo se va deteniendo, hasta quedar rodando sobre sí mismo y envolviendo los mensajes hasta ahogarlos. Incluso puede dejar de haber mensajes, ya que el movimiento hacia el afuera deja de tener sentido. Y el niño queda atrapado adentro, sin contacto, sin otro en quien confiar. Solo.

Pensemos en los niños que tardan en sonreír o no llegan a hacerlo, porque no han tenido sonrisas alrededor, o porque nadie les ha celebrado o correspondido a la sonrisa que ellos esbozaban. En los niños que no hablan por no saber a quién dirigirse, por no tener claro a quien regalar con sus palabras. En los que no lloran porque no sienten que sus lágrimas pudieran conmover a nadie.

Y es que en la infancia temprana no todo son paraísos. Hay niños comunicados y niños en marcha; niños incomunicados y niños en barbecho. Niños que evolucionan bien y niños que se mantienen "en hibernación" esperando algún momento propicio para despegar y crecer saludablemente. Cuando son un poco más mayores, además de estas maneras de expresarse, vemos otras: dibujar, moverse, hablar, jugar, relacionarse, soñar, imaginar, escribir, pelear..., ya que los niños se expresan en cada gesto, en cada actuación, en cada estado de ánimo.

Sin embargo, los adultos que les rodeamos, padres, familiares, o maestros, tendemos a focalizar nuestra atención en los mensajes verbales casi en exclusiva, olvidándonos de "leer", captar y tratar de comprender lo que nos tratan de decir de muchos otros modos.

Hay veces que nos encontramos con niños que no juegan, o repiten siempre el mismo juego. Que no comen, salvo determinadas comidas. Que no dibujan, salvo si rellenan una forma ya hecha. Que no explican lo que piensan, desean o imaginan.

Niños que se caen, se chocan, se accidentan, o se enferman con demasiada frecuencia. Niños que lloran por todo, que no pueden estar quietos, que se saltan toda regla a su alcance, que pegan, que no toleran la más mínima frustración. Niños que no pueden leer, escribir, memorizar, relacionarse con los demás, o disfrutar.

O sea, niños que nos están queriendo decir algo de sí mismos utilizando vías alternativas. Utilizando otros lenguajes que tendríamos que aprender a interpretar, un poco al menos, para no dejarlos en la estacada, para ayudarlos a salir de su detenimiento, para acompañarlos en su búsqueda de canales de salida más ligeros, saludables y a "su favor".

Desde la mirada del maestro, será útil intuir por donde pueden ir las dificultades, porque si acertamos en nuestras hipótesis, y a pesar de las limitaciones, podremos trabajar en esa dirección con el niño, con el grupo de niños de clase y con la familia.

Lo importante será tener en cuenta que el niño tendrá una evolución más sana y placentera en la medida en que pueda comunicarse fluidamente con los demás.

Por tanto, intentemos hacer lo posible por estar a la escucha de todos sus modos de expresión... y no sólo de sus palabras.

Mari Carmen Díez Navarro es maestra, psicopedagoga y escritora de libros pedagógicos y poéticos.

Web: Carmendiez.com

Canal de Youtube: “Miradas que escuchan”

Enlace: <https://www.youtube.com/channel/UCXFDzwmBTcRrrSaD9rh3SaQ>